

DEBRAVO EN ANTOLOGÍA UNIVERSAL¹

Juan Durán Luzio

La prestigiosa editorial Andrés Bello, de Santiago de Chile, ha publicado desde fines de 1997 una antología poética que hasta ahora ha alcanzado ya tres ediciones, una traducción al inglés, en Nueva York, y otra al griego, en Atenas. Se trata del libro titulado *Los cien mejores poemas de amor de la lengua castellana*. La selección de los poemas, las notas informativas y la preparación general de esta magnífica obra es resultado -a su vez- del trabajo de dos poetas mayores de nuestros días: el chileno Pedro Lastra y el griego Rigas Kappatos.

La producción de la cual se escogieron estos cien poemas abarca todo el rango temporal de la lírica en lengua española: desde unos versos de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, nacido hacia 1295, hasta otros de mexicano Carlos Montemayor, nacido en 1947. Esto desde ya confirma la seriedad y amplitud del trabajo de los antologadores. Por supuesto que en una primera parte se hallan representados autores como Garcilaso de la Vega, Luis de Góngora, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Sor Juana Inés de la Cruz y, más adelante, dejando el extenso Siglo de Oro, se presentan poetas modernos donde se encuentran, entre otras, obras de José Martí, Rubén Darío, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni.

Tampoco podían faltar para ilustrar la primera mitad de este siglo los nombres de César Vallejo, García Lorca, Luis Cernuda, Pablo Neruda y Miguel Hernández. Y de los autores contemporáneos, que encabezan los nombres de Octavio Paz y Ernesto Cardenal, se encuentra un intenso poema de nuestro Jorge Debravo, *Lechos de purificación*, aparecido por vez primera en 1963, en su libro *Devocionario del amor sexual*, publicado con tantísimos esfuerzos en su editorial Líneas Grises.

Por el muy merecido honor que le ha correspondido a esta poesía de representar la altura de la lírica costarricense por tantas otras tierras y lenguas del mundo, hela aquí:

Los lechos son países deliciosos
donde sólo los seres elegidos
se pueden madurar. Desconocidos
se levantan de ellos los esposos

que los dioses protegen: silenciosos,
como después de ser purificados
con agua divina; deslumbrados
como dulces terneros saludosos.

¡Ah, qué miedo me dan los que se alojan
en los lechos de amor y se remojan
en aguas de ternura hasta los huesos!

Qué miedo cuando surgen dulces, hondos,
Transparentes y frescos hasta el fondo,
Lavados con el agua de los besos...

¹ Publicado en *Ancora, La nación* (1 agosto 1999).